

pectáculo vuelve á despertar en él las ideas ya expresadas, al comenzar el *Rimado*, respecto de la necesidad de un Concilio, pareciendo preluar los dos que pusieron término á los males que lamenta. Sobre este punto escribe é inserta un largo *dictado*, compuesto en octavas de arte ó maestría mayor, en el cual excitando á los príncipes cristianos para que procuren la paz de la Iglesia, se dirige más principalmente al rey de Castilla, mostrándole la necesidad de que abrevie embajadas, tratos y vanas razones, á fin de llegar pronto al término apetecido ¹. Sin duda el poco fruto de sus instancias le aleja del terreno práctico de la política, y acogiéndose al de la moral, recuerda que ha menester armarse de paciencia para conllevar los sinsabores de la vida, tomando el alto ejemplo que le ofrece la de Job, cuyos *Morales*, debidos á la pluma de San Gregorio, eran conocidos por él en la lengua de Castilla ². Glosando pues y moralizando sobre aquel

¹ El referido *dictado* empieza en la estrofa 794 de este modo:

La nao de Sanct Pedro | pasa grant tormenta,
Que non aurá della | para la ir acorrer, etc.

Las estrofas á que especialmente nos referimos, fueron publicadas por los traductores de Boutterwek (pág. 150) y tienen los números 820 á 824. Al terminar, dice al rey:

Señor, abreviat | las vanas razones,
Et aya la Iglesia | de vos este don,
Que non la lastimen | falsas ocasiones,
Nin pase su tiempo | en tanto baldon.

Ayala habla aquí visiblemente con Enrique III y trata del segundo cisma, promovido por la elección de don Pedro de Luna, hecha en 1394. En 1381 había sido reconocido solemnemente por Castilla, como legítimo Vicario de Cristo, el ya citado Clemente VII.

² Véase la nota de la página 111. Después de mostrar en la estrofa 869 que en sus ratos de ocio se consagraba siempre á la lectura, añadía:

870 Non podria yo atanto | á Dios agradecer
Quantos bienes rescibo, | sin yo los mereçer;
Fallé libros *Morales* | que fuera componer
San Gregorio Papa, | el qual yo fuy leer, etc.

aplaudido libro, llega el Gran Canciller al fin de su *Rimado del Palacio*, no sin que amplie á menudo la doctrina asentada en la primera parte del poema ¹ y trace nuevos cuadros, dignos de los ya citados. Al tratar del efecto que produce la muerte, prorrumpe en estos notables versos:

¿Qué fué estonçe del rico | et de su poderio,
De la su vana gloria | et orgulloso brio?...
Todo es ya pasado | et corrió como rio,
Et de todo el su pensar | fincó el mucho frio.

¿Dó están los muchos años | que avemos durado
En este mundo malo | mesquino et lazado?...
Dó los nobles vestidos | de paño muy onrado?
Dó las copas et vasos | de metal muy presçiado? ..

¿Dó están las heredades | et las grandes posadas,
Las villas et castillos, | las torres almenadas,
Las cabañas de obejas, | las vacas muchiguadas,
Los caballos soberbios | de las sillas doradas?...

Los fijos plasenteros | et el mucho ganado
La muger muy amada, | el thesoro allegado
Los parientes et hermanos | que l' tenían acompañado?...
En una cueua muy mala | todos le han dexado.

Bajo todos aspectos es pues el *Rimado del Palacio* viva protesta contra las costumbres del siglo XIV, edad en que agitan y conturban á la humanidad altas esperanzas y vituperables extravíos. Tal vez, dominado de la indignación que excitan en su pecho el universal olvido de los deberes y el uso continuo del pecado, infunde á sus descripciones y pinturas excesiva severidad, cargando la mano en el colorido. Mas si pudo Ayala exagerar los accidentes y perfiles, no por esto ha de ser tildado de mal-

¹ Para convencimiento de los lectores, citaremos la estrofa 1318, en que habla de la nobleza y dice:

La natura á todos | iguales nos engendró;
Mas nuestro fallimiento | ansy nos apartó, etc.

diciente, mereciendo por el contrario el aplauso de la posteridad el noble desinterés y la ejemplar abnegación, con que hace ministerio de la parte más granada de sus días la reprensión de los vicios, sin que le arredre la elevación de las personas ni de las clases, en quienes descubre el cáncer que amenaza devorar á la sociedad española ¹.

Avaloran los más vigorosos y picantes cuadros aquella parte del *Rimado*, que constituye en realidad el poema y fué escrita antes de la famosa batalla de Aljubarrota; faltando desde este punto la verdadera unidad del objeto, por más que haga el Canciller interesante su prisión, al narrar sus cuitas y procure dulcificarlas con los graciosos himnos á la Virgen. Ni se enlaza con mayor propiedad al principal asunto del poema cuanto añade el Canciller, recobrada ya su libertad; lo cual ha sido causa de que las moralidades y ejemplos, tomados de la vida de Job, se hayan designado como obra distinta, aun por los escritores que más se preciaron de conocer las de Ayala ².

1 Sanchez manifiesta que «hablando Ayala del estado eclesiástico y secular, se dejó arrebatar de un celo extraordinario ó de algun mal humor que le dominaba, que no perdonó ni á las supremas potestades» (*Colec. de poes. cast.*, t. I, págs. 109 y 110). En efecto, el autor del *Rimado* aparece arrebatado por el celo de la *verdad* y de la *virtud*, cayendo en mal humor, al verlas tan mal paradas y perseguidas en sus días. La autoridad de sus palabras fué tan grande como la fidelidad histórica de los cuadros por él bosquejados, y nunca es más digno de loa un poeta que cuando pinta ó dice la verdad, pospuesto todo temor que apoque sus inspiraciones. A esta exactitud de Ayala es debido el que, aun sin conocer del todo el *Rimado*, uno de los más notables escritores alemanes, manifieste que le cuadra el título de *Espejo de su tiempo* (*Clarús*, t. I, pág. 434).

2 Tal sucede al erudito Floranes, quien en la *Vida literaria del Canciller* que dejamos citada, despues de mencionar el *Rimado*, con el título de las *Maneras de Palacio*, y de hablar de otra composición dirigida á Alfonso Sanchez Talavera, observaba: «Lloró tambien por todo un volumen de bastante extensión sus pecados, los daños del cisma presente, las calamidades y miserias del hombre, llevando por guía el sagrado libro de Job, que despues expuso parafrásticamente» (*Colección de Documentos inéditos*, t. XIX, pág. 184). Verdad es que Floranes declaró antes (pág. 119), que no conocia del *Rimado* sino los fragmentos publicados por Asso y Manuel, suponiéndolo todo él escrito en 1385 en la prisión de Oviedes.

Pero estos defectos literarios del *Rimado del Palacio*, hijos indudablemente de la azarosa inquietud del poeta, no desvirtúan en modo alguno la idea generadora del mismo poema, como no deslustran sus multiplicadas bellezas, ni oscurecen la representación que hemos designado al Gran Canciller en la historia de las letras castellanas. Al emplear la ya olvidada métrica heróico-erudita, para dar á sus advertencias el venerable aspecto de la antigüedad; al revestirlas de la forma didáctica y enriquecerlas con las fructuosas lecciones del apólogo ¹, no solamente rendia el tributo de su respeto á la tradición del arte de Berceo y del Archipreste de Hita, sino que aparecía en contradicción con los innovadores de su tiempo, inclinados hasta el punto que veremos en breve, á la imitación italiana. Este anhelo y generoso empeño trasciende tambien al estilo y lenguaje del *Rimado*, imprimiéndoles cierto sabor arcaico, peregrino ya respecto de las producciones de sus coetáneos y más notable todavía, cuando se repara en el esmero, que pone el mismo Pero Lopez, al cultivar el habla de Castilla en sus obras históricas ².

1 Demás del apólogo que dejamos copiado, insertó Ayala otros tomados de las vidas de los santos y aun de la Sagrada Escritura, en que se mostró muy docto. Pueden servir de ejemplo el contenido en las estrofas 558, etc., que es la parábola del orgulloso, que narra el Evangelio y que es muy semejante en sus fines morales al cuento de *Doña Trufana del Conde Lucanor*, y el comprendido desde la copla 564 hasta la 573, que refiere el milagro obrado por S. Nicolás, con un padre que tenia tres hijas, á punto de perderse, y recomienda eficazmente la confianza que debe tenerse en la Providencia. Sentimos no poder trasladarlos. El último ejemplo lo menciona tambien el Dante en el canto XX del *Purgatorio*.

2 Justo nos parece notar respecto de los versos empleados por el Canciller, especialmente en aquella parte del *Rimado del Palacio* que constituye el verdadero poema didáctico y en la que imita los *Morales de Job*, que siguiendo la antigua y primitiva tradición de la métrica heróico-erudita, alternó los octonarios, ó de diez y seis sílabas, con los pentámetros, ó de catorce, no desechando tampoco los exámetros de quince, cuya aplicación dejamos reconocida en diversos pasajes de la presente obra. Al proceder de esta manera, no pecó Ayala de ignorancia, como han dado á entender los que condenan sus versos por irregularidad y rudeza. Sin el propósito

Cierto es que, al escribirlas, cedía el Canciller á otro pensamiento de verdadero progreso intelectual, levantando sus miradas á la gran literatura latina, cuyas olvidadas reliquias, removidas en el suelo de Italia por el cisne de Valclusa y sus doctos discípulos, empezaban á iluminar los horizontes del *Renacimiento*. La elevacion de su carácter, la severidad de sus principios y la madurez de su talento le llevaban al estudio de la historia: Tito Livio, que habia encendido en el pecho de Petrarca profundo respeto hácia la antigüedad romana, le infunde tan alta admiracion que no contento con saborear sus pintorescas narraciones en lengua latina, quiere tambien que lo posean en la castellana sus compatriotas. Al traducirlo, no solamente se familiariza con el brillante estilo del padre de la historia romana, sino que penetrando las grandes máximas del arte narrativo, llevado por Livio á extremada perfeccion, abriga el deseo de realizarlas, enriqueciendo la patria literatura.

Ofreciale en verdad materia abundante y propia de un grande historiador la época en que florece: habiase consumado en ella la ruina de la dinastía fundada por Sancho IV sobre el usurpado trono de Alfonso X, levantándose ahora el sόlio de un príncipe bastardo sobre el cadáver del rey don Pedro, cuyos derechos legitimaron en su padre los triunfos del Salado y de Algeciras.

de conservar la tradicion artística y sin el conocimiento de esa misma tradicion, no hubiera podido aspirar á trasmitirla á la posteridad, contraponiéndola á las innovaciones que se autorizaban en su tiempo; y no es lícito creer que el juez elegido por los más afamados trovadores para decidir, como despues advertiremos, de la excelencia de sus poesías, desconociese los más sencillos rudimentos del arte. La misma acusacion pudiera dirigirse contra el Arcebispo de Hita, pero con igual injusticia y falta de criterio. En cuanto á los arcaísmos de estilo y de lenguaje, debemos notar que, demás de los que naturalmente provienen de la imitacion de las formas literarias, se hallan no pocos relativos á la dición, los cuales puede señalar fácilmente en la lectura todo el que tenga hecho el paladar á la de los monumentos de la edad media: tampoco dejará de advertir los que respectan á la acepcion sucesiva que tienen ciertas voces, punto de no escasa importancia en la historia de las lenguas. Juzgamos impertinentes los ejemplos, copiados ya tantos pasages del *Rimado*.

De larga y encarnizada contienda, cuyos horrores se reproducen bajo multiplicados aspectos, habia sido espectador y victima el pueblo castellano: al arrimo de las parcialidades que ambicionaban el dominio del Estado, se agitaban altos y trascendentales intereses, reproduciéndose con mayor fuerza que nunca la gran lucha social y política, que ensangrienta una y otra vez los anales de la edad-media. Corrompidas las costumbres en medio de tanto estrago; mezclados en las discordias civiles, que agriaban con su ejemplo los que tenian cargo de la paz y de la religion; vencidos de sórdida venalidad los que debian egercer con celo incorruptible la justicia, tomaba aquel extraordinario cuadro grandes dimensiones, apareciendo digno del vigoroso pincel de Tácito.

No alcanzó el Canciller Pero Lopez de Ayala á imprimirle, en su *Crónica del Rey don Pedro*, aquella terrible profundidad que caracteriza los *Anales* del biógrafo de Agricola, porque no podia decir, como él: *procul causas habeo*; y por más que en el *Rimado del Palacio*, se elevase sobre todos los intereses de la tierra, ganando reputacion de austero moralista,—al tomar plaza de historiador, érale forzoso recordar que habia sido parte y espectador de los sucesos que narra, no pudiendo por tanto colocarse á la distancia conveniente para contemplar la grandeza del cuadro, en que se dibujaba tambien su figura. Falto pues de punto de vista, desde el cual abarcase de una sola mirada el vario conjunto de aquel difícil y complicadísimo período; dominado á pesar suyo por el espíritu y el interés de la clase, á que pertenecia; llevado finalmente del ejemplo de los cronistas que le precedieron, utilizaba el del rey don Pedro sus estudios de Tito Livio bajo la relacion simplemente literaria, y fijándose en los pormenores, exponíalos con inusitada brillantez, bien que revistiéndolos á veces de tal colorido que han llegado á tenerle por sospechoso y parcial no pocos escritores nacionales ¹.

1 No es en verdad escaso el número de escritores que han mostrado estas dudas, desde que fué retocado en igual sentido el *Memorial del despenso de la reina doña Leonor*, segun veremos en breve: todos ó casi

Verdad es que esta acusacion se funda más principalmente en la conducta de Pero Lopez de Ayala, como vasallo que abandona á su rey que en los hechos por él narrados en la *Crónica de don Pedro*: comprobados estos en su mayor parte por nuestros más doctos historiadores, no es ya lícito poner en duda la honradez y veracidad del cronista, cualquiera que sea el juicio que forme la crítica sobre las causas que los produjeron y su trascendental representacion en la historia de la civilizacion española ¹. Ni de la sevicia de los que han exagerado la crueldad del hijo de Alfonso XI, ni de las acaloradas defensas parciales que aquella ha producido, puede ser responsable el Gran Canciller de Castilla.

todos se han fundado despues en el testimonio interesatísimo de don Francisco de Castilla, tercer nieto no legítimo del rey don Pedro, que en un poema escrito en 1517 y titulado: *Práctica de las virtudes de los buenos reyes de España*, que mencionaremos oportunamente, atendió á vindicar la memoria de su progenitor, escribiendo aquellos famosos versos que empiezan:

El gran rey don Pedro | que el vulgo reprueba,
Por selle enemigo | quien hizo su historia, etc.

Apoyado por el interés de su sobrino don Diego de Castilla, dean de Toledo en 1570, y segundado, con poca sinceridad y no grande amor de lo cierto, por el doctor Pisa (*Descripcion é Historia de Toledo*, L. IV, c. 24); por el maestro Fernando de Ávila (*Árbitro entre el Marte francés y las vindicias Gálicas*, pág. 55), por el entendido Ximena (*Anales eclesiásticos y seglares de Jaen*, pág. 357), por Alvia de Castro (*Memorial político por la ciudad de Logroño*, págs. 48 y 49), Berganza (*Antigüedades de España*, t. II, pág. 207) y otros muchos, llegó á hacerse moda la tarea de acusar á Ayala de calumniador, moviendo al cabo al erudito Floranes á salir en su defensa con la *Vida literaria del Canciller*, donde si se excedió á menudo en las alabanzas, se mostró celoso de la verdad, desvaneciendo los errores de unos y la poca sinceridad de otros. Los argumentos y las pruebas de Floranes han sido reproducidos con nueva y mayor fuerza lógica, en varios artículos, dados á luz por don Antonio Ferrer del Rio en la *Revista española de ambos mundos*, (t. IV, págs. 5, 129 y 257).

¹ Véase el discurso preliminar, que puso Zurita á sus *Enmiendas y advertencias á las Corónicas de Ayala*, reproducido por Llaguno y Amírola al frente de su edicion de la *del rey don Pedro*.

Sin que fuese el primero de los cronistas castellanos, como ha dicho aventuradamente un renombrado escritor de nuestros dias ¹, erá pues el primero que tomando directamente por modelo un historiador de la antigüedad clásica, realizaba, como cultivador de la historia nacional, las aspiraciones de los eruditos hácia el estudio del mundo antiguo, ya iniciado en la literatura castellana bajo diferentes aspectos ². Ayala escribe, demás de la *Crónica del Rey don Pedro*, las de *don Enrique II*, *don Juan I* y *don Enrique III*, en cuyas meritorias vigiliass llega á sorprenderle la muerte ³: en todas estas obras es claro, conciso, elegante más que otro alguno de los escritores de su tiempo: en todas resplandece el decoro de la narracion, la pureza y fresca del language ⁴, la sencillez del estilo, sin que asome

¹ Villemain: este crítico, tan celebrado de sus compatriotas, pone á Pero Lopez de Ayala como el primero de los cronistas castellanos, desconociendo todo el desarrollo histórico que hasta la época del Canciller habia tenido nuestra literatura (*Tableau de la Litterature au moyen áge*, lect. XVI). El error es de tal bulto que no ha menester ser refutado, despues de los estudios que llevamos hechos.

² En órden á los estudios históricos, juzgamos oportuno recordar cuanto observamos, respecto de su inclinacion al conocimiento de la antigüedad, en el cap. XIX de la II parte.

³ De la *Crónica de Enrique III* sólo llegó á componer los seis primeros años, habiéndola dejado incompleta «por ocupacion, de vejez ó por la dolencia de que finó», segun expresa Álar García de Santa María en el prólogo de la *de don Juan II*. En varios MSS. se suplió lo restante del reinado hasta la muerte del referido don Enrique; pero con simple carácter de apuntamientos anuales, como puede verse en la edicion de Llaguno (págs. 582 y sigs.). De aquí provino sin duda que algunos escritores, y entre ellos Juan Perez de Vargas en su *Nobiliario*, juzgasen que el Canciller llegó en sus crónicas hasta el fin de dicho reinado, lo cual sustentó Ramirez de Prado en la dedicatoria de las *Enmiendas* de Zurita. Aun cuando esto no pueda demostrarse, es indudable que el propósito de Ayala fué acabar la obra empezada, y que sólo la muerte desbarató su intento.

⁴ Debemos advertir no obstante que hallamos en las crónicas algunos galicismos que denotan, desde luego que no se vió libre el Canciller de la influencia de los libros franceses que de continuo leía, ni del trato que tuvo con los aventureros y aun con los cortesanos de Carlos IV. Entre otros mu-

en ella ni aun remotamente aquella pedantesca afectación, que algún tiempo despues caracteriza la prosa de los más notables escritores castellanos, que se precian de imitar en sus producciones las elegancias latinas.

Dotes son estas que han ilustrado el nombre del Gran Canciller, conquistándole el constante aplauso de nuestros eruditos y la consideración de los extraños¹; pero si avaloran todas las crónicas de Ayala, en ninguna brilla tanto como en la del *Rey don Pedro* el noble empeño de aclimatar en la literatura patria el florido pincel de Tito Livio, empresa que heredan de sus manos nuestros más esclarecidos historiadores. Animado aquel turbulento reinado por el interés de las grandes catástrofes que en él se consuman, fué dado al Canciller, siguiendo las huellas del historiador de Roma, dar á conocer y bosquejar el carácter de los numerosos personajes, que figuran en su historia, por medio de arengas y de cartas, muchas veces oportunas y escritas siempre con loable sobriedad y maduro juicio. El Príncipe Negro,

chos ejemplos que pudiéramos citar, bastarán las voces *rendición* por rescate, *finanza* por hacienda, etc., tomados visiblemente de *rençon* y de *finance*.

¹ El diligente Floranes enumera al final de la *Vida literaria del Canciller* los escritores que le elogiaron hasta fines del siglo XVII, catálogo que pudiera fácilmente duplicarse desde aquella fecha. Compréndense en el mismo hasta treinta y tres autores, entre quienes figuran los respetabilísimos nombres de Álvar García de Santa María, Fernán Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana, Marineo Sículo, Garibay, Ambrosio de Morales, Mariana, Santotis, Colmenares, Pellicer, don Nicolás Antonio y Ortiz de Zúñiga. De todos estos testimonios parécenos muy digno de tenerse en cuenta, por la naturaleza de su autor, el debido á Marineo Sículo: «Fuit (dice) »praeterea et liberalium artium atque disciplinarum omnium percupidus..... »Philosophiae namque et historiarum libros libentissime lectitabat, et maxime Titum Livium, aliosque libros qui de romanorum rebus gestis suavisissime scripti fuerunt. Idem moralis philosophiae et divi Gregorii elegantissima opera semper in manibus habebat» (De *Rebus Hispaniae Memorabilibus*, lid. XXIII, fol. 151). Respecto de otros escritores extraños notaremos, que desde Bouterweck hasta Ticknor, apenas se hallará uno que no le tribute análogos elogios, como cronista y cultivador de la prosa castellana.

Beltrán du-Guesclin y los principales caballeros que militan, ya en el campo del rey don Pedro, ya en el de don Enrique, revelan por los discursos que pone en sus bocas el historiador y por las epístolas que dirigen á sus amigos y á sus adversarios, las ideas caballerescas y el espíritu aventurero que los animan, produciendo singular contraste con la gravedad de los españoles.

Sin duda esta forma expositiva, altamente dramática y reservada en los tiempos modernos más principalmente para la novela, era ocasionada al abuso, al ser imitada de los sucesores de Ayala; más lícito es observar que al seguir el ejemplo de Livio, así en la *Crónica del rey don Pedro*, como en las de don Enrique y sus herederos, no llega éste artificio literario á deslustrar la sencillez de la narración, contribuyendo en cambio á delinear con más vigor y exactitud los caracteres históricos. Para prueba de esta observación, trasladaremos aquí el pasaje, en que nos refiere la gallarda y caballeresca porfía, habida entre el Príncipe Negro y Beltrán du-Guesclin sobre el rescate del último, preso en la batalla de Nájera.

«Despues que fué preso (dice el Canciller), fizole mucha onra; et quando partió de Castilla, leuólo consigo á Burdeus. Et estando allí, »Mosen Beltran hizo decir al Príncipe que fuesse su mercet de le mandar »poner á rendición; ca non complía á su servicio estar él así en la presión et que mejor era levar dél lo que podiese pagar. Et el Príncipe »ouo su consejo que por quanto Mosen Beltran era muy buen cauallero »que seria mejor, durando la guerra de Francia et de Inglaterra, que estoviese preso et que mas valia perder la cobdicia de lo que podia montar su rendición que librarle. Et fizole dar esta respuesta al dicho Mosen Beltran; et cuando Mosen Beltran lo oyó, dixo así al cauallero que »esto le dixo de parte del Príncipe:—«Dezit á mi señor el Príncipe que »yo tengo que me faze Dios et él muy grant gracia, entre otras muchas »onras que yo oue en este mundo de cauallería, que mi lança sea tan »temida que yaga en presión durante las guerras entre Francia et Inglaterra, et non por ál. Et pues así es, yo tengo por onrada mi presión »más que la mi delibrança: et que sea cierto que yo gelo tengo en mercet »muy señalada, ca todos aquellos que lo oyeren et sopieren, ternán que »rescibo dende muy grant onra. Et el bien et prez de cauallería en esto »vá; ca la vida ayna pasa.

»Et el cauallero dixo al Príncipe todas estas razones que Mosen Beltran dixera, et el Príncipe pensó en ello et dixo:—Verdad diçe: it et »tornat á él et dícilde que á mi place de le poner á rendición et que

»la contia que él dará por sí, que sea tanta quanta él quisiere, et más
 »non le demandaré: et si una sola paja promete por sí que por tanto
 »le otorgo su delibranza».—Et la entencion del Príncipe era esta: que
 »si Mosen Beltran dixesse que por cinco francos quería salir de pre-
 »sion, que más non le demandasse, ca por quanto menos saliesse, menos
 »onra leuaua; et que entendiese Mosen Beltran que non le detenía el
 »Príncipe por otro temor que dél ouiesen los ingleses et qué podía bien
 »escusar sus dineros. Et el cauallero tornó á Mosen Beltran et díxole:
 »—«Mi Señor el Príncipe, vos envía decir que su voluntad es que vos
 »seades libre de la presion et que vuestra finanza sea tanta contia quan-
 »ta vos quisieredes et dixeredes, et que más non pagaredes, aunque
 »más non prometades que una paja de las que están en tierra. Et que
 »esto sea luego». Et Mosen Beltran entendió bien la entencion del Prin-
 »cipe, et dixo:—«Yo le hé en merçet á mi Señor el Príncipe lo que me
 »envía á decir; et pues si así es, yo quiero nombrar la contia de mi fi-
 »nanza».

»Et todos coibdaban que se pornía en alguna pequeña contia, ca Mo-
 »sen Beltran non auía en el mundo si non el cuerpo. Et dixo Mosen
 »Beltran así:—Pues que mi Señor el Príncipe es así franco contra mí,
 »et non quiere de mí salvo lo que yo nombráre de finanza, decidle que,
 »magüer só pobre cauallero de contia de oro et de monedas, pero que con
 »esfuerzo de mis amigos yo le daré cien mill francos de oro por mi cuer-
 »po et que desto le daré buenos recabdos».—Et el cauallero del Príncipe
 »tornó á él muy maravillado et díxole:—«Señor, Mosen Beltran es rendi-
 »do á su uoluntat et ha nombrado su finanza.»—Et el Príncipe le pre-
 »guntó:—¿Qué contia?... Et el cauallero le dixo:—«Señor, Mosen Beltran
 »dice que uos tiene en merçet todo lo que le enviastes dezir en razon de
 »su finanza; et dice que como quier que él sea pobre cauallero en oro et
 »en moneda, empero que con esfuerzo de sus parientes et amigos él vos
 »dará cien mill francos de oro por su persona et que desto vos dará bue-
 »nos recabdos».—Et el Príncipe fué marauillado, primeramente del
 »grand coraçon de Mosen Beltran, otrosí dónde podría auer tanta con-
 »tia, etc.» 1.

Nadie habrá que, leyendo este pasage, no forme cabal idea de los diversos caractéres del Príncipe Negro y del aventurero du-Guesclin, tal vez con mayor seguridad que si el historiador se hubiese detenido largamente en la pintura de uno y otro. Mas no por que se inclinase Ayala á este género de descriptio-

1 Crónica del Rey don Pedro, cap. XVIII del Año XVIII.

nes, desconocía el arte de bosquejar directamente los personajes que en su narracion figuraban: los ejemplos no escasean en las cuatro crónicas; pero sin apartar la vista de *la del Rey don Pedro* ni del mismo príncipe, bien puede presentarse, cual modelo de enérgica y elegante concision, el retrato que encierran estas breves líneas:

«Fué don Pedro asaz grande de cuerpo et blanco et rubio et ceceaba un poco en la fabla. Era muy cazador de aves. Fué muy sofridor de trabajos. Era muy temprado et bien acostumbrado en el comer et beber. Dormia poco et amó mucho mugeres. Fué muy trabajador en guerras. Fué cobdicioso de allegar tesoros et joyas tanto que se falló después de su muerte que valieron las joyas de su cámara treinta cuentos en piedras preciosas et aljófar et baxilla de oro et de plata et en paños de oro et otros apostamientos, etc. 1.

Quien en tan contados rasgos transfería la figura, los afectos y las costumbres de un personaje de la magnitud del rey don Pedro, no era ciertamente indigno de la empresa que había echado sobre sus hombros, al cultivar la historia patria. Críticos hay sin embargo para quienes, al ser comparadas sus crónicas con la *Estoria de Espanna* del Rey Sábio, escrita un siglo antes, «carecen del encanto de aquella poética credulidad que se complace más bien en las dudosas tradiciones de gloria que en los hechos más auténticos» 2. Pero no dirigiremos nosotros cargo alguno al Canciller, por no haber impreso en sus obras históricas el sello tradicional que distingue los primitivos monumentos de nuestra literatura y que resplandece en las *Estorias* de Alfonso X: llamado á la vida actual de Castilla por la importancia de los sucesos que acaecen á su vista; abierto ya con las crónicas de los cuatro últimos reyes, y en especial con la del conquistador de Algeciras, el camino que debía seguirse respecto de la historia contemporánea, no era lícito á Pero Lopez alterar

1 Id. cap. VIII del año XX y último.

2 Ticknor, I.^a Época, cap. IX.